

Capítulo 35

España en Colombia. Rastros de una añeja amistad

Por **Germán Rodrigo Mejía Pavony**

Decano académico. Facultad de Ciencias Sociales. Pontificia Universidad Javeriana

Alonso de Ojeda, en 1499, divisó desde el mar el extremo nororiental de la península de La Guajira, ubicada en la actual Colombia y conocida como Coquibacoa por los naturales que la habitaban en ese entonces. El lugar que observaba desde su embarcación, al que denominó cabo de La Vela, quedó grabado en su memoria. Dos años más tarde, en 1502, Ojeda emprendió un nuevo viaje a estas tierras, que todavía no tenían nombre. Su propósito no era la aventura, no había razón para ello, pues había logrado que los reyes le dieran el título de adelantado de Coquibacoa, lo que le daba derechos sobre esta península a cambio de fundar en ella una población española. Así ocurrió pero sin mucho éxito. Santa Cruz, nombre que se dio al nuevo poblado ubicado en lo que hoy se llama bahía Honda, apenas duró unos pocos meses. Cumplir su sueño tomó mucho más tiempo pues tuvo que enfrentar intrigas y pleitos que lo ocuparon por seis años en Santo Domingo, capital de la actual República Dominicana. Finalmente, en 1508, obtuvo de la Corona la carta de capitulación que le otorgaba la gobernación de las tierras que se encontraban entre el cabo de La Vela y el Golfo de Urabá, explorado este último en 1501 por Rodrigo de Bastidas. Y allí fundó San Sebastián de Urabá en 1510. Esta población tampoco duró mucho por la férrea resistencia de los nativos a la presencia española. Consecuencia de ello fue la renuncia de Ojeda a la gobernación y su retiro a un convento franciscano en Santo Domingo, lugar en el que permaneció hasta su muerte en 1515.

Así fue el inicio de la presencia de súbditos españoles, como se los comenzaba a nombrar, en tierras que para mediados del siglo *xvi* eran conocidas como la Nueva Granada, lo que hoy es Colombia. En efecto, varios miles de andaluces, castellanos, extremeños, catalanes, en fin, tomaron posesión de las tierras, fundaron en ellas ciudades y villas, y se repartieron en encomienda a los naturales que derrotados lograban sobrevivir el cruento embate de las depredadoras expediciones de conquista. Sin embargo, el cuidado que tuvo la Corona por no perder el control de las nuevas posesiones se vio recompensado desde muy temprano y ello benefició a los aborígenes sobrevivientes. De esta manera, el paso de una fase de conquista a otra de colonización se acompañó de la instalación de la Administración Real, Municipal y

Eclesiástica en tierras americanas. Esta, compuesta por virreyes, oidores, escribanos, regidores, alcaldes, fiscales y otras decenas de funcionarios, además de clérigos, frailes y monjas, dio forma concreta, cotidiana y permanente al imperio español en América. Trescientos años transcurrieron así bajo la continuidad, que imprimió en la vida de las personas la lealtad a un rey, fraguada tanto en la Administración como en el sistema de creencias, que así se hizo presente a pesar de su lejanía.

De esos siglos nos quedan numerosos testimonios. Unos son materiales pues están contenidos en los muros de las iglesias y otros edificios construidos por alarifes peninsulares y hábiles artesanos americanos; también podemos leer esa materialidad en el orden pensado para las villas y ciudades, de trazados totalmente regulares e impuestos en el espacio sin importar relieves y otros accidentes de la naturaleza; además, pinturas, muebles, instrumentos, alhajas y otro sin fin de objetos nos quedaron como resultado de las jornadas cumplidas en los muchos talleres que instalaron en nuestras ciudades; también son vestigios de esos tiempos los caminos reales, verdaderas y sofisticadas obras de ingeniería —como lo es también el canal del Dique— que comunicaron las urbes entre sí y a ellas con el puerto por excelencia, Cartagena de Indias, protegida de corsarios y otros bandidos por sus pocas veces vencidas murallas. Otras huellas de esos siglos están aún presentes en nuestra cultura pues, fruto pertinaz de la vigorosa sociedad barroca que cobró forma en la América española, quedaron profundamente grabadas en nuestra manera de ser, de hacer y de entendernos: las fiestas y ferias patronales que llenan sin tregua la agenda nacional y que aún coronan reinas y subvierten el orden cotidiano; la Semana Santa, la Navidad, la fiesta del Corpus, en fin, los ciclos del calendario religioso que todavía hoy nutren un tiempo que no por mítico está menos presente en nuestros ritmos anuales; el gusto por la conversación y la tertulia, que da lugar a una disciplina del trabajo que se pausa con frecuencia; la valoración de la ley como algo posible de ser negociado, de modo que las normas que rigen la vida en común se entrelazan con las conveniencias de un individualismo visceral y las lealtades a la familia, al grupo, a la sangre.

Y unas más, huellas estas tan intangibles como las anteriores pero grabadas aún más profundamente, se encuentran en nuestro lenguaje, el español, que nos da esa manera peculiar de imaginar tanto lo otro como a los otros y, por supuesto, a nosotros mismos, además de dar fundamento a nuestra sociedad letrada. Nos queda por mencionar, sin pretender ser exhaustivos, las universidades, los colegios mayores, las escuelas parroquiales, las doctrinas de indios, las bibliotecas, la imprenta y los demás espacios o acciones que hicieron de esos siglos no solo pletóricos de actividades sino, más importante, duraderos por su capacidad de seguir incidiendo en nuestro presente.

El colapso del imperio español cobró forma definitiva apenas comenzado el siglo *xix*, lo que significó para sus posesiones en América el inicio de una nueva época. Lo que antes era la vida misma se hizo ahora un recuerdo, amenazado de convertirse en olvido, por el desprecio que sintieron los americanos hacia la Administración Imperial, primero, al propio rey, después, y, por supuesto, a los peninsulares. Las provincias del imperio español en América se hicieron independientes de una manera tan rápida como veloz fue en el siglo *xvi* el proceso de constitución de las mismas. En efecto, pasaron apenas dos decenios para que cada provincia española en América se con-

virtiera en una república. Un largo, tortuoso y sangriento proceso de unificación comenzó de esta manera, y es de este que nacieron los actuales Estados nacionales del subcontinente. Por ello, Colombia no nace y cobra forma como consecuencia directa del colapso del imperio español, que hizo posible las independencias, sino de la unificación de las cerca de dos decenas de provincias que desde 1810 hasta los años 1870 trataron por todos los medios de conservar la autonomía que parecía habían logrado cuando apenas despuntaba el siglo XIX.

Una significativa paradoja cobró forma en esos primeros años: al tiempo que las élites blancas y algunos grupos de mestizos hicieron de sus provincias repúblicas independientes, la preocupación por conservar el idioma y la religión católica se convirtió en un imperativo. De esta manera, aunque se negó lo español en todas las formas posibles, dichas élites entendieron que la autonomía provincial podría llevar al caos continental si, de una parte, se incomunicaban entre sí al permitir que se convirtieran en lenguas nacionales los dialectos indígenas y, de otra parte, se fomentaba el nihilismo al acabar con las creencias y preceptos del catolicismo. De esta manera, el futuro del subcontinente se configuró sobre la base de repudiar a España y acoger la república democrática y el liberalismo, pero sobre la base de fundar el nuevo orden social en la preservación del idioma español, la religión católica y otros elementos, no por incongruentes menos importantes, como la defensa de las jerarquías sociales y la sociedad letrada.

No resulta difícil entender, entonces, que durante los años de la llamada «República Liberal Radical», entre los años 1863 y 1886, se creara en Bogotá el 10 de mayo de 1871 la Academia Colombiana de la Lengua, primera en América, y fueran aceptadas en el canon literario nacional algunas obras escritas por españoles en los tiempos de la Nueva Granada. Así quedó consignado en la aún señera *Historia de la Literatura en la Nueva Granada*, publicada en 1867 por José María Vergara y Vergara, prolífico escritor que, además de fundar la mencionada Academia de la Lengua, dirigió la reconocida revista y tertulia de *El Mosaico*, verdadero laboratorio de las letras colombianas de la segunda mitad del siglo XIX. También de estos años fue la zarzuela *El castillo misterioso*, compuesta por el colombiano José María Ponce de León en 1876, o *El elixir de la juventud*, de 1881, con música de Juan Crisóstomo Osorio y letra de José Manuel Marroquín, quien luego sería presidente de la República. Frente a estas realidades merece la pena señalar que las relaciones diplomáticas de Colombia con España solo se regularizaron ese mismo año de 1881.

De esta manera, un siglo más tarde, cuando despuntaba el siglo XX, permanecía vigente la paradoja inicial, solo que ahora se formulaba social e ideológicamente en términos un poco diferentes: aunque toda la élite terminó aceptando a España como la «Madre Patria» pero sin dejar de defender tozudamente la independencia, muchos de los liberales continuaron criticándola como causante de todos los males nacionales, mientras que la mayoría conservadora no solo acentuó la férrea defensa de la herencia española, esto es, el idioma, la raza y la religión, sino que tornó banderiza la rehispanización de la cultura y sociedad colombiana. Entre estos últimos se destacó un grupo de filólogos, de los cuales Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro son los más reconocidos, acompañados de otros poetas, ensayistas y

novelistas de ambas vertientes ideológicas que descollaron tanto en las letras como en la política. Estos fueron los años de los presidentes gramáticos. Tanto fue el reconocimiento que alcanzaron en España los filólogos y escritores colombianos que Marcelino Menéndez Pelayo, en su *Antología de poetas hispanoamericanos* escrita entre 1893 y 1895, reconoció que Bogotá, por su cultura literaria, estaba destinada a ser la Atenas de la América del Sur.

El siglo xx trajo consigo nuevas realidades para los nexos entre España y Colombia. De una parte, aunque los grandes contingentes de emigrantes europeos que cruzaron el Atlántico en busca de mejores oportunidades desde los decenios finales del siglo xix no hicieron de Colombia uno de sus destinos más buscados, unos pocos sí lo hicieron y precisamente su escaso número les dio gran presencia en nuestra sociedad. Ellos fueron principalmente alemanes, italianos y franceses, además de algunos ingleses, suizos y muy pocos españoles. Estos últimos, a pesar de los viejos debates ideológicos sobre la «Madre Patria» ahora remozados por nacionalismos indigenistas, encontraron un ambiente propicio para que se instalaran en las ciudades principales, conformaran grandes familias e hicieran fortuna con sus negocios. De esta manera, el vínculo entre españoles y colombianos encontró en la vida urbana y sus necesidades una manera diferente de manifestarse, la que se mantiene hasta el día de hoy. Ejemplo temprano de estos migrantes y del éxito que tuvieron en tierras colombianas es el conocido caso de José Carulla Vidal. Este catalán llegó a Colombia en 1904 y un año después, ya en Bogotá, dio inicio a la sociedad Carulla y Compañía, la que inició negocios exportando café, cueros y caucho a Europa; poco después la transformó en El Escudo Catalán, almacén que hechizó a la élite bogotana pues les ofreció lo que para la época eran exóticos productos de consumo de origen europeo. Tuvo éxito en ese entonces y mucho después también pues don José introdujo en julio de 1953, tomando la idea de mexicanos y norteamericanos, el primer supermercado del país. De esos años iniciales del siglo xx son también, por ejemplo, los viajes a Colombia de otros dos catalanes, Pablo Vila y Miguel Fornaguera, ambos vinculados al Gimnasio Moderno e iniciadores en él del «excursionismo». Vila y Fornaguera regresaron a España y retornaron a Colombia como exilados de la Guerra Civil, el primero por pocos años pues en 1946 pasó a Venezuela mientras que el segundo se radicó definitivamente en el país.

De otra parte, la mencionada Guerra Civil española significó para algunos destacados españoles el exilio en Colombia. La calidad más que la cantidad de los que hicieron de esta tierra su nueva patria, ya fuera por su preparación académica, la experiencia profesional que traían consigo y su ideología, dejó profundas huellas en la sociedad y cultura colombiana. Muchos hicieron de la Escuela Normal Superior, creada en febrero de 1936, su principal centro de actividades; entre ellos, la psicóloga Mercedes Rodríguez Bellido, el químico Antonio García Banus, el arquitecto José de Recasens y el historiador José María Ots Capdequí, sin olvidar a otros igualmente importantes como Luis de Zuleta, José Prat, Ricardo Rivas, Fernando Martínez Dorrén, Enrique García Reyes, Mercedes Rodrigo, José María España, Eugenio Trías, y muchos más que igualmente se vincularon a la Universidad Nacional de Colombia, a importantes empresas y bancos, al periodismo, al Gobierno nacional o la edición de revistas de tanto prestigio como la *Revista de Indias*, publicada por el Ministerio de

Educación. En conjunto, el trabajo de todos ellos sirvió de fundamento para acelerar el desarrollo de las ciencias en Colombia, cuando no para dar origen a algunas de las disciplinas que hasta ese momento no tenían presencia en las universidades y otras instituciones científicas colombianas.

La presencia de otros españoles que por la misma razón llegaron al país por esos años dejó igualmente una profunda impronta en el escenario urbano colombiano. Entre ellos, por ejemplo, el arquitecto Alfredo Rodríguez Orgaz, inicialmente radicado en Colombia entre 1939 y 1947 como exiliado de la república española, y de 1952 a 1962 como arquitecto al frente de importantes obras públicas y privadas. De Rodríguez Orgaz, en sus dos periodos, son la fachada actual de la Catedral Primada de Colombia, la primera iglesia subterránea de las Salinas de Zipaquirá, varios de los edificios del Banco de la República en el país, incluida la sede principal en el solar del anterior Hotel Granada, el primer edificio del Liceo Francés, la plazuela del Colegio de San Bartolomé, la sede de la Academia Colombiana de la Lengua y el Palacio Arzobispal, todos estos en Bogotá, para mencionar solo algunos de los edificios más conocidos. También, consecuencia del exilio por la caída de la república española fue la presencia en Colombia del arquitecto Santiago Esteban de la Mora, quien nos legó entre otras obras la Plaza de Toros de Santamaría en Bogotá, además de su desempeño como profesor de arquitectura en la Universidad Nacional. Finalmente, entre otros, es pertinente señalar la presencia de Germán Tejero de la Torre, quien como arquitecto desarrolló casi toda su obra en el departamento de Santander, pero a quien debemos el magnífico Edificio Monserrate, antigua sede del periódico *El Espectador*, que domina el sector oriental de la Avenida Jiménez desde 1948.

Finalmente, por razones ya diferentes a los desastres de la guerra, otros españoles que llegaron a Colombia desde mediados del siglo xx dejaron honda huella en la cultura colombiana. No los podemos mencionar a todos, por eso con la mención a Alicia del Carpio queremos compendiar lo que ha significado y todavía significa la presencia de los españoles para este país. La madrileña Alicia Merklin del Carpio, educada inicialmente en un internado alemán y luego formada en el Real Conservatorio de Madrid, inició su vida laboral en la Radio Nacional de España. Gracias a sus estudios y experiencia, fue invitada en 1950 a trabajar por unos meses en la Radiodifusora Nacional de Colombia. Esos meses se convirtieron en décadas. Vinculada a la televisión colombiana desde su primer día, pues fue ella quien presentó al general Rojas Pinilla en la emisión inaugural realizada el 13 de junio de 1954, dos años más tarde nació bajo su dirección libretos y actuación la serie de televisión más duradera y de mayor influencia de la televisión colombiana, *Yo y Tú*. Esta comedia fue al tiempo escuela de más de un centenar de actores colombianos, espejo en el cual visualizamos nuestros defectos y virtudes, escenario para la sutil sátira política, y modelo para las comedias costumbristas que la sucedieron y que igualmente quedaron en nuestra memoria, como fue el caso de *El Chinche* y *Dejémonos de Vainas*.

Estos rastros, breve mención de cinco siglos de una activa y densa, aunque en épocas conflictiva, relación entre las dos naciones, son apenas un abre bocas de la profunda historia que nos entrelaza. En efecto, esta amistad es añeja y lo es no solo por antigua sino especialmente por madura y enjundiosa.